



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

¿Golpe de timón?

Felipe Calderón tenía tres alternativas frente a la grave crisis económica y social por la que atraviesa el País: Seguir por el mismo rumbo y sin variar la estrategia utilizada desde que inicio su gobierno; aplicar medidas correctivas semejantes a las instrumentadas en momentos críticos anteriores, señaladamente en 1988 ó 1994; o intentar lo que algunos analistas señalaban como un “golpe de timón”. ¿Por cuál opción se decidió?

Las medidas de estos últimos días corroboraron lo que economistas serios venían discutiendo con anticipación: Su diagnóstico era acertado. El rumbo por el que transitábamos no auguraba nada bueno; más bien lo contrario: La economía mexicana avanzaba a pasos agigantados hacia el colapso.

La explicación oficial fue que íbamos bien, pero se nos atravesaron una serie de adversidades no contempladas: La recesión llegó de pronto y de fuera; a ello agregamos la pandemia de la influenza AH1N1, la sequía y el calentamiento global. Todo junto.

El ex presidente Fox intentó otra explicación más avezada: Un problema de alineamiento negativo de los astros y las

malas vibras. Sea como fuere, la contracción económica fue del orden del 7% del PIB. El desempleo despuntó como nunca, la inflación y la parálisis de la planta productiva fueron otros indicadores. Y claro, las consecuencias inevitables de ello: Aumento de la delincuencia común y del reclutamiento de jóvenes por el crimen organizado.

Surgían voces desde todos los sectores: Por primera vez coincidían la izquierda y los empresarios: La única opción es el cambio de modelo. Ya no se trataba de parches para salir del atolladero. Hubo voces más visionarias que sostenían que la economía, la sociedad y la política mexicana tenían que pasar por una cirugía mayor: La reforma del Estado. Solamente con una visión holística y mediante un compromiso de todos los sectores y actores políticos se podría avanzar hacia una nueva institucionalidad.

Una segunda opción era aplicar las medidas de contracción en el gasto público, que se instrumentaron en el pasado ante crisis semejantes. Desde el ámbito oficial se reiteraba que no eran problemas comparables, pues en otros tiempos los desequilibrios eran de naturaleza doméstica y ahora venían de fuera. Pero la medicina era una: Control del gasto, meter tijera a la administración

pública, programas de jubilación anticipada, fusión de dependencias: Reforma administrativa y límites a los escandalosos gastos de los funcionarios públicos.

En los años ochenta y noventa la solución propuesta fue la retirada del Estado de la escena pública y su sustitución por el capital privado. Era además la moda que venía de fuera.

El “golpe de timón” era necesario para tratar de resarcir los problemas sociales y para recomponer al maltrecho partido en el poder. Después del diluvio del 5 de julio, fue obvio que el veredicto social era negativo, al menos para el partido político del Presidente. O se hacían cambios para bien de la mayoría de los ciudadanos o el PAN se enfilaba a una derrota anunciada en 2012.

Basar la estrategia de relevo presidencial en los logros de la administración calderonista ya no alcanzaría para mucho en los siguientes comicios. En unos días podremos evaluar con detenimiento si las medidas anunciadas los días lunes 7 y martes 8 de este mes patrio y que ya se prefiguraban desde el día del Informe en Palacio Nacional, significan un verdadero cambio de rumbo para nuestro País, o si tanto el paquete fis-

cal, como la desaparición de secretarías y la destitución de funcionarios, están más en la línea de las estrategias conocidas con anterioridad.

Me preocupa mucho que, como en el pasado, la desaparición de dependencias signifique la pérdida de empleos de base en el sector público. Abonar al desempleo en estos momentos puede ser contraproducente. Si sólo se afecta a mandos superiores es otra cosa. Pero congelar y no disminuir las altas retribuciones poco contribuye a la estabilidad y, sobre todo, a la legitimidad del Gobierno.

Nada se dijo tampoco de poner alto a la sangría al erario público que significa el seguro de separación individualizada de que goza la alta burocracia o de los seguros médicos especiales al servicio de la misma. Habrá que ver si la desaparición de la Secretaría de la Función Pública y su sustitución por una contraloría dependiente del Presidente no se convierte en auto-vigilancia.

¿Y no deberían hacerse públicas las razones de la renuncia de los titulares de Sagrapa, PGR y Pemex? Por algo se fueron, ¿no? Ya iremos encontrando respuestas.

El autor es analista político/investigador de El Colegio de la Frontera Norte.
Correo: correocolof@yahoo.com.mx